

Primera sección

Luis Carlos Ortiz Vásquez

*A Béatrice, Anaïs y Blandine.
A las comunidades académicas de Ciencias Sociales y
del Doctorado Interinstitucional en Educación
de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.*

In memoriam
*de Pierre Vilar, maestro de quien tanto sigo aprendiendo,
de Manuel Castillo Ruiseco, Alberto Arias, Carlos Gónima,
Gabriel Jaime Santamaría, Miller Chacón y Darío Betancourt,
mis amigos y compañeros, injustamente ausentes.*

La historia ha sido y es una pasión en mi vida. Desde mis primeros años, desde cuando tengo memoria y conciencia, aún antes de aprender a leer, mirando la cartilla de mi hermana, soñaba y elucubraba despierto con acontecimientos y personajes del pasado. Por ello, nunca me ha parecido que las clases de historia puedan ser aburridas, incluso las de la enseñanza memorística y patrioter. Aun cuando, desde hace ya un buen tiempo, considero que la memorización de fechas, personajes y datos no sirve para nada en los procesos de enseñanza-aprendizaje de la disciplina histórica y aún menos en la investigación y análisis de la realidad histórica. Además de que la historia heroica y patrioter sirve únicamente para generar desmovilización social e impedirnos tomar conciencia de ser sujetos individuales y colectivos de nuestra realidad histórica.

En los únicos cursos donde mi interés y mis sentidos estaban en plena actividad, eran los de historia y geografía. Me aprendí la lista de presidentes, con el calendario y sus “buenas” obras públicas (preguntándome *in pectore*, sin embargo, por qué si todos eran personajes ejemplares, existían enormes dificultades sociales y nos encontrábamos en medio de La Violencia). En la clase de geografía, lo cual me parecía un gran honor, era el encargado de traer los mapas y, además, generalmente estaba en los primeros puestos del sistema de “cabeza y cola” utilizado por la profesora para que memorizáramos datos como accidentes geográficos (cordilleras, montañas, océanos, mares, ríos), capitales de Estados, como si estos últimos fueran instituciones eternas, hasta llegar a las intrascendentes tablas de jerarquías y cantidades de productos agrícolas, mineros e industriales de las potencias centrales. En el decenio de los ochenta del siglo XX, cuando llegué a Francia, me encontré con la destrucción de la siderurgia y la metalurgia en los sitios aquellos que había tenido tanto empeño en memorizar, esto como consecuencia de la lógica del capitalismo sin adjetivos –porque esa es su esencia– y con el correlativo desastre social y espacial pude reconfirmar la inutilidad de ese tipo de enseñanza. Por otro lado, mi desconocimiento de la gramática y de la sintaxis es abrumador, porque no me gusta y porque nuestro profesor –para mi gran placer– nos enseñaba las etimologías griega y latina de las familias de palabras castellanas –aun cuando el curso era de español–. Sin tener una clara conciencia de ello, me gustaba ver que las palabras, los vocabularios y las lenguas tenían una historia y que ellas me permitían pensar en los tiempos antiguos y “esplendorosos” de griegos y romanos. Todavía me parece lamentable que las disciplinas escolares de historia y geografía solo fueran hasta cuarto de bachillerato, y hoy, que las ciencias sociales escolares vayan hasta noveno grado.

14

Cuando decía que quería estudiar historia, todos sin excepción decían que eso no era serio y que, además, me iba a morir de hambre. En mi fuero interno, me resistía a esas opiniones. Pero, aprendí que las realidades son más fuertes que los deseos. En la Universidad Nacional de Colombia no existía la carrera de Historia; en las carreras ofertadas para ingresar al primer o al segundo semestre de 1966 no aparecía mi carrera favorita. Cómo estudiar en otra universidad, si todos estábamos conscientes de que allí era donde se debía estudiar tanto por el nivel académico como por la Ciudad Universitaria, el reinado-carnaval estudiantil y por las luchas de los estudiantes, eventos –estos últimos– con los cuales estábamos emparentados por las relaciones familiares y amistosas, y por la cercanía espacial de nuestro colegio –el Americano– con la “Ciudad Blanca”, apelativo significativo dado en ese entonces a la sede de la Nacional. Algunos recomendaban estudiar Filosofía o Derecho, ninguna de las cuales me entusiasmaba en lo más mínimo, o sociología, la cual me era casi desconocida salvo por las conferencias sobre campesinos y sociedades rurales que Orlando Fals Borda –ex alumno del colegio– nos había presentado en diversas ocasiones. El padre Camilo Torres Restrepo realizó una o dos conferencias sobre el celibato sacerdotal, aspecto que interesaba bastante a los reformados de la iglesia presbiteriana. Otra posibilidad era estudiar Ciencias Sociales, pero le tenía un pánico enorme a ser profesor. De otra parte, el peso de las ideas y de la superestructura –para que no me acusen de determinista– tienen su papel en la sociedad. En pleno proyecto desarrollista, el encargado de la orientación profesional, estudiante de sociología para colmo de males, nos predicaba que había que estudiar las ingenierías. Como me iba bien y me interesaba un poco la química –la propaganda ayuda– me convencí de que quería estudiar esa ingeniería, la carrera en ese momento más solicitada, más de moda, después de la eterna medicina. Pasé en Agronomía en la sede de Medellín. Me fue terrible en matemáticas y, aún más, en física. En química me iba bien y –milagro– los compañeros me buscaban para estudiar. Mis clases preferidas eran las humanidades. Todavía recuerdo los comentarios literarios y estéticos de Manuel Mejía Vallejo sobre las estrofas del Himno Nacional, los cuales me ayudaron a curarme de todo patriotismo. Más tarde, supe que en la mayoría de Estados latinoamericanos existe el mito de que el himno “nacional” –en realidad estatal– es el segundo “más bello” después de *La Marsellesa*. Como nos decían los matemáticos, sumando huevos con naranjas; o sea, comparando un canto popular y patriota surgido en medio del proceso revolucionario con unos himnos compuestos *a posteriori* de los procesos de inicios del siglo XIX con el objetivo patriotero y de fortalecimiento del orden social y político elitista.

La *Pax* romana imperaba en la universidad. A inicios del que vendría a convertirse en el famoso año 1968, se inició una huelga en Bogotá que es secundada en la sede de Medellín. Gracias a mis amistades bogotanas tuve infor-

mación sobre las reivindicaciones académicas y sobre la organización del comité de huelga llamado “Cabeza de turco”. Se convoca a una asamblea estudiantil y me piden que intervenga para dar las informaciones que conocía. He aquí un ejemplo de cómo la información es poder, porque me nombran en el comité de huelga llamado “los doce del patíbulo” –título de una famosa película estadounidense de ese momento– lo cual no presagiaba un futuro halagador. Gracias a la participación masiva del estudiantado logramos las reivindicaciones que eran estrictamente académicas, algunos decían academicistas. Así comienza mi vida de militancia estudiantil y política. En un grupo de estudio, cuando escucho hablar de imperialismo, ahí mismo planteo la cuestión de Grecia y Roma. Me explican que aun cuando las palabras sean de la misma familia, en cuanto a categorías designan sociedades históricas diferentes. Recuerdo una huelga –que llamamos blanca– en donde realizamos un seminario sobre múltiples aspectos, con las intervenciones de varios intelectuales. En él, el médico Héctor Abad Gómez, decano de la Facultad de Salud Pública de la Universidad de Antioquia, nos habló sobre los programas de planificación familiar, para nosotros una estrategia estadounidense porque sabíamos de las políticas criminales de esterilización de las comunidades indígenas andinas, sobre la píldora y las posibilidades de control por parte de las parejas sobre la natalidad, y el poder de la mujer sobre su propio cuerpo. Para mí –yo no sé si para mis otros compañeros– este razonamiento fue un choque porque nos hizo un llamado a hacer análisis profundos, críticos y anti dogmáticos. No fui un “tribuno” de asambleas pero participe en múltiples actividades: en el grupo de teatro con la obra, *La historia jamás contada* y en el cineclub con Fausto Cabrera –incluso cuando teníamos posiciones políticas diferentes–. En las asambleas me encargué de conmemorar procesos populares. Recuerdo en un diciembre cómo les hice descubrir por primera vez a muchos de mis compañeros la Huelga y matanza de las bananeras. Este largo preámbulo me sirve para agradecer a estas circunstancias de la vida social, mi reencontro apasionado con la disciplina histórica, pero ahora sí, con unas bases teóricas cuestionadoras y analíticas. Además, porque en la praxis social empezamos a comprender que todos participábamos de múltiples maneras en la construcción de la realidad histórica, permitiéndonos así, hacer una crítica esencial a la historia desmovilizadora de los grandes héroes, de los cursos y lecturas de antaño.

Durante un lustro vivimos intensamente la actividad social, las huelgas, los encuentros “nacionales”, el “programa mínimo” y los cierres prolongados de las universidades. La estadía en diferentes lugares del territorio colombiano, me hizo pensar cada vez más en la acuciante pregunta sobre si yo estaría dispuesto –como agrónomo– a vivir fuera de la ciudad sin poder ir al cine y al teatro, visitar museos, iglesias y exposiciones; escuchar

conferencias y debatir en tertulias; conseguir y leer libros. Reivindicando mi condición ciudadana, decidí dejar los estudios ligados al sector rural. Gracias a la información recibida por medio de algunos compañeros, me enteré de que en la Pontificia Universidad Javeriana estaba la Licenciatura en Filosofía y Letras con un proyecto de currículo de un semestre común y, luego, siete semestres diferenciados de Filosofía, Literatura o Historia. Eso me interesó bastante, aun cuando nunca había pensado en la posibilidad de estudiar en una universidad de comunidades religiosas, ya que *la universidad*, era “La Nacional”; además, entonces hacía parte de la minoría que en esos tiempos no tenía la partida de bautismo, requisito para inscribirse en las escuelas, colegios públicos y privados. Dicho documento tenía una importancia mayor que el registro civil notarial según lo disponía la Constitución de 1886 y, especialmente, el Concordato. Esta cuestión me permitió saber que los documentos –fuentes primarias– tenían que ser contextualizados, aún antes de trabajar la heurística y las teorías de la historia-disciplina. Signo de los tiempos, cuando me presenté a la Javeriana ellos estaban más preocupados por mi edad que por el documento. Mis padres, preocupados porque no había terminado ninguna carrera, me dijeron que regresara a la Agronomía. Yo les dije de mi interés por estudiar Historia y esta vez aceptaron. Para ellos, mis agradecimientos profundos por su comprensión y sacrificio financiero y cultural, porque mi padre, un emigrante del campo a la ciudad, a pesar de varios decenios de vida ciudadana, mantenía el deseo de organizar una explotación agrícola y porque a mi madre, protestante de confesión, le causaba recelo una universidad confesional católica.

Al fin me dedico a los estudios de historia de manera organizada, metódica y con un objetivo profesional. Es el reencuentro con autores y textos y, a la vez, el descubrimiento de muchos otros, así como de escuelas y debates historiográficos. Aunque sabía de las diferentes perspectivas de análisis de la realidad social, estos últimos eran nuevos para mí. La gran tendencia eran los diferentes estructuralismos y sus planteamientos alrededor de la sincronía y la diacronía, de las estructuras y el cambio. Para mi sorpresa –aunque no podía ser de otra manera– los historiadores marxistas ocupaban el puesto que se habían ganado gracias a sus investigaciones en la disciplina histórica. Dos textos, uno de Eric Hobsbawm y George Rudé y otro de Pierre Vilar, han marcado mi formación como historiador. Esos textos no son los más conocidos de dichos autores y por ello los menciono explícitamente: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing y La participación de las clases populares en los movimientos de independencia de América Latina*¹, respectivamente.

Otra novedad fue descubrir que, con quienes era más interesante, profundo y enriquecedor estudiar, era con los compañeros jesuitas y con un círculo

1 Libro que hay que leer o releer en esta época de uso y, sobre todo, de abuso de la historia y de la memoria histórica con motivo del Bicentenario ¿de qué?

de estudiantes –hombres y mujeres– agrupados alrededor de ellos, quienes tenían intereses intelectuales y sociales bien arraigados. Eran tiempos de la teología de la liberación y del compromiso social. Junto a la formación teórica y epistemológica, para la formación en la investigación histórica se fue perfilando el trabajo docente como principal perspectiva de desarrollo profesional, al cual ya le había perdido el pánico gracias a algunas experiencias y, sobre todo, al estudio y la amistad con una persona interesada en los procesos educativos. Mis agradecimientos, entonces, al grupo de profesores y compañeros con quienes leímos, estudiamos, debatimos y nos propusimos ir más allá de las exigencias requeridas para obtener buenos resultados académicos. Los estudios de la disciplina histórica, de las ciencias sociales en su conjunto, no son únicamente una meta académica, sino también un compromiso social.

Habiendo realizado la carrera de Historia –no otras afines– y obtenido el título de historiador, la satisfacción personal era y es enorme. Como algo natural comienzo mi actividad de docente universitario. Nunca, ni siquiera los profesores más experimentados, nos sugirieron continuar con los estudios de maestría y, menos, de doctorado. Además, dónde realizarlos si en Colombia a duras penas surgía la carrera de Historia en la Javeriana y, un poco más tarde, en la Universidad de Antioquia. En la Universidad Nacional existía el Departamento de Historia pero no la carrera; en Bogotá se llegaría a abrir, pero muy tardíamente. En la sede de Medellín, en la finca de Agronomía donde había estudiado, se abre primero esta carrera. Esta inexistencia de las carreras de Historia y de Geografía durante un largo período es una particularidad colombiana que plantea una problemática a investigar en trabajos de historia de la educación. Eso contrasta, claro está, con el aumento relativo de programas de Historia en diversas universidades colombianas en la actualidad.

Circunstancias políticas, sociales, académicas y afectivas me hacen pensar en la salida del país. Ir a París a la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde enseñaba el profesor Pierre Vilar, se perfila como una buena posibilidad. Llego a esa ciudad en febrero de 1981; unos meses después se produce el triunfo de la coalición de izquierda. El 10 de mayo por la noche me encuentro entre la muchedumbre entusiasta que en la Plaza de la Bastilla festeja el triunfo. En ese espacio –altamente significativo para la memoria histórica– y en ese preciso momento se presenta una condensación de los tiempos: pasado recordado y activo, presente realizado colectivamente y esperanzas de futuros a construir. Para un profesional de la disciplina histórica, la experiencia de esta realidad es una lección excepcional dada por los sujetos sociales; dicha enseñanza merece un agradecimiento generalizado y universal.

La diferencia esencial entre historia-realidad e historia-conocimiento se la debemos al maestro Pierre Vilar. Tan pronto como pude me dirigí a la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales para solicitarle que me aceptara como estudiante. Desafortunadamente, –por su edad– el profesor Vilar ya no podía aceptar nuevos estudiantes para realizar estudios doctorales. Pero me invitó a asistir al seminario semanal que ofrecía en dicha institución. Durante los siete años y medio de mi estadía en París asistí regularmente a estas sesiones de análisis y síntesis dentro de la perspectiva de la *historia total* y del *pensar históricamente*. Además de estas reflexiones sobre la historia-conocimiento, allí también comencé a captar el sentido profundo de un sistema de educación pública. Vilar desde hacía varios años era pensionado de la función pública francesa y lejos de esa idea de la docencia como apostolado o como posibilidad financiera extra, le parecía intelectual y socialmente normal continuar un espacio de intercambio de ideas sobre la realidad histórica. Proveniente de una sociedad donde la educación pública no ha sido consolidada como un sistema central y sobre la cual se propaga una visión ideológica peyorativa y distorsionada cuando se afirma que dicho derecho constitucional puede ser “prestado” por sectores privados, el impacto es bastante fuerte y esclarecedor.

Menciono a Vilar porque sería interminable nombrar a la pléyade de intelectuales que estudiaron y trabajaron toda una vida como funcionarios de la educación pública. Desde el punto de vista teórico e historiográfico, Pierre Vilar aborda múltiples temas ligados con la actualidad editorial, la cuestión nacional, la crítica a la postura de varios filósofos sobre la historiografía o lo que tiene que ver con la relación de la disciplina histórica con otros campos del conocimiento social. La parte central de su planteamiento teórico sobre *pensar históricamente* y sobre la *historia total* impregnaba cada una de sus intervenciones y análisis. Aunque constantemente señalaba la clara diferencia entre la realidad histórica y la ficción literaria y cinematográfica, frecuentemente hacía referencia a las películas de Charlie Chaplin, a la cinta *La gran ilusión*, de Jean Renoir, a la obra monumental de *Les hommes de bonne volonté*, de Jules Romains y al *Don Quijote*, sobre el cual escribió “El tiempo del *Quijote*”, que puede servir de ejemplo para la contextualización socio-histórica de una obra literaria. Sea esta una nueva oportunidad para expresar mi agradecimiento al maestro Pierre Vilar por habernos compartido con generosidad intelectual y crítica sus reflexiones sobre la historia-realidad y la historia-análisis, y la síntesis sobre el *pensar históricamente* y la *historia total*.

A la sesión semanal del seminario asistíamos una decena de personas, la mayoría franceses y algunos latinoamericanos. A veces, algunos quienes se encontraban de pasaje por París asistían a una o varias sesiones. Llegaban per-

sonas de Italia, de América Latina y, sobre todo, de diferentes regiones del Estado español, especialmente catalanes. Con el paso de los meses y los años, fuimos conformando un grupo que se reunía –luego de la sesión– a tomar café y a continuar comentando el tema del día y/o a intercambiar información sobre conferencias, eventos y seminarios de la actualidad historiográfica francesa. Gracias a este grupo, especialmente al colega peruano Pablo Fernando Luna, fui invitado a proponer un análisis sobre las reflexiones de Pierre Vilar en el proyecto de construcción de la disciplina histórica. Como ya se ha dicho en la presentación de este libro, la ponencia fue presentada a nombre de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, en el *Atelier Pierre Vilar* del *Cuarto Congreso Marx Internacional*. Las contribuciones de este evento académico fueron publicadas tanto en versión francesa como en castellana y portuguesa. Queremos que con la publicación de esta ponencia sea haga más accesible este tipo de material académico al público colombiano y que sirva igualmente como una invitación a conocer las reflexiones del maestro Vilar, así como los comentarios y análisis críticos que sobre su obra historiográfica y teórica hace un grupo amplio de historiadores, entre los cuales podemos señalar a Eric Hobsbawm, Michel Vovelle, Josep Fontana y los coordinadores del evento académico y de las publicaciones sucesivas. Sea esta la oportunidad para hacer público mi agradecimiento al equipo coordinador y a la Editorial Universidad de Granada por la respectiva autorización.

Realicé mis estudios de maestría y doctorado en la Sorbona de París, bajo la dirección del profesor François Chevalier, titular en ese momento de la cátedra de Historia de América Latina. A su seminario asistía un buen grupo de estudiantes mexicanos y franceses, quienes trabajaban sobre ese espacio socio-histórico en concreto. Durante mi estadía en México logré tomar plena conciencia de la gran influencia que en la investigación histórica socio-económica tiene el profesor Chevalier debido a su importante trabajo sobre la hacienda mexicana colonial y decimonónica. Sus sugerencias, recomendaciones y el tiempo dedicado –especialmente después de haberse pensionado– fueron de gran ayuda en la realización de la investigación y la redacción de mi tesis doctoral. Su sucesor en la cátedra fue François-Xavier Guerra, historiador meticuloso y organizado, como se puede observar en su gran trabajo sobre la Revolución Mexicana, con quien discutimos en diversas oportunidades sobre su concepción de la historia, la cual, aun cuando plantea una historia global, está centrada en lo cultural y, sobre todo, en lo político; o sea, en las antípodas de una concepción de *historia total* en la versión de Vilar. Lo interesante de esta experiencia es poder diferenciar los aportes historiográficos y metodológicos de las posiciones teóricas, sin olvidar las interrelaciones que se establecen entre ellas.

Varios estudiantes me han preguntado si yo disponía de mucho dinero por haber estudiado en una universidad como la Sorbona. Cuando les contesto que es una universidad pública, como la inmensa mayoría de las instituciones de educación superior francesa, y les informo de lo que se paga, antes en Francos y ahora en Euros, se sorprenden bastante. Gracias a los contribuyentes al fisco del Estado francés y a un sistema de educación pública, se puede hasta ahora estudiar en Francia. Desafortunadamente no podemos saber hasta cuándo, porque últimamente los gobiernos franceses están deteriorando, si no destruyendo ese sistema. Al decir esto no lo estamos idealizando, porque compartimos muchos de los análisis de historiadores y sociólogos de la educación como Antoine Prost –mi profesor de historia social– y Pierre Bourdieu. Pero sus reflexiones críticas se proponen fortalecer el sistema, mientras que las tendencias neoliberales se proponen acabarlo, por lo menos en su esencia. Para mí, estos defensores de la llamada escuela y educación “libre” –nunca entendí este apelativo porque en general pertenecen a instituciones confesionales– ideológicamente defienden un “sistema” como el colombiano. Cuando les comentaba que el “paraíso” educativo ya existía en mi país y los convidaba a convertirse en inmigrantes, quedaban bastante sorprendidos y –paradójicamente– no aceptaban la invitación de establecerse en el “infierno” colombiano. Entonces, gracias al sistema de educación pública, no solo pude realizar mis estudios de maestría y doctorado, sino que también asistí de manera gratuita a múltiples conferencias, coloquios, debates, congresos, y toda una diversidad de actividades académicas e intelectuales. Es por ello que definiendo de manera radical y aún intransigente los sistemas de educación pública en Colombia, en Francia y en cualquier parte del mundo.

En el texto en que se desarrolla el concepto de las ciencias sociales, justifico las razones por las cuales una buena parte de las fuentes y bibliografía citadas es especialmente francesa. Algunos me catalogan como francófilo, a lo cual puedo hacer la siguiente precisión: las comunidades y, sobre todo, las sociedades, no son homogéneas sino, por el contrario, bastante diversas y contradictorias en las manifestaciones y concepciones sociales, políticas, culturales, teóricas y académicas, entre otras muchas diferencias. Entonces, es imposible ser “amigo” del conjunto de una sociedad. Es indudable que tengo mis preferencias y tomo partido con las tendencias y tradiciones populares, democráticas, solidarias y críticas de la sociedad y la academia francesa. Por ello, me opongo a las posiciones xenófobas, racistas, “nacionalistas”, elitistas, neoliberales e imperialistas existentes y dominantes constantemente en la sociedad francesa. Estas últimas, en buena parte, son similares y próximas a las que en la actualidad dominan la sociedad y el Estado colombiano.

Cuando llegué a París en 1981, ya tenía claro cuáles tendencias y tradiciones francesas eran mis preferidas. Mis convicciones sociales, políticas y académi-

cas se enriquecieron gracias a un gran número de amigos y colegas, entre los cuales no puedo dejar de mencionar a mi estimado Pierre Raymond, quien es un ejemplo de cómo se logra hacer una síntesis de lo mejor de su sociedad de origen –la francesa– con lo mejor de su sociedad de adopción –igualmente adoptada por él–, la colombiana. Cuando escribo “lo mejor” lo hago desde mi punto de vista, retomando la idea de la diversidad y heterogeneidad de cualquier sociedad. Pierre me dio el consejo y el ejemplo de la importancia que tiene relacionarse con las personas, los grupos y las realidades profundas de una sociedad para analizarla, comprenderla, criticarla y enriquecerse mutuamente. Sin lugar a dudas, es con mi esposa Blandine Descloquemant con quien más he logrado intercambiar, conversar, aprender, enseñar, discutir y comparar sobre los múltiples aspectos, elementos y procesos de la vida social. Gracias a Blandine conocí y participe en múltiples aspectos de la vida socio-política de la sociedad y del Estado francés, especialmente en la solidaridad multicultural y en el ejercicio y defensa del sistema de la educación pública. Igualmente, enriquecí mis costumbres, mis tradiciones lingüísticas, estéticas, literarias y alimenticias, pero también de relaciones de género, de participación en las luchas sociales, y en especial aprendí a visitar y a vivir de una manera integral en diversas regiones del mundo, específicamente en la República mexicana. Desde el punto de vista académico, puedo decir que gracias a Blandine pasé de la fase de investigación documental, la cual es por esencia interminable, a las fases de análisis, síntesis y redacción de mi tesis doctoral.

Por matrimonio adquirí la ciudadanía francesa, lo que se denomina oficialmente nacionalidad; esta es una muestra más de la confusión entre nación, fenómeno socio-histórico de larga duración y el Estado nacional, fenómeno de mediana duración y generalmente supranacional, tal como lo muestra magistralmente Pierre Vilar. O sea, pensando históricamente, yo soy de la nación mestiza colombiana y tengo doble ciudadanía. Esto lo puedo decir públicamente porque la Constitución Política colombiana de 1991 reconoce la posibilidad de adquirir otra ciudadanía, con lo cual –en este aspecto– es una de las más avanzadas del mundo. Una razón más para defenderla –en puntos precisos como el mencionado– de los múltiples ataques que la han ido distorsionando por parte de tendencias reaccionarias, confesionales y patrioterías falsamente nacionalistas. Es en la comparación que podemos establecer las similitudes entre los miembros de la especie y entre las sociedades humanas, pero también las diferencias histórico-culturales de las comunidades y sociedades, tanto en la diacronía como en la sincronía. Todo ello me permite saber que me siento muy cercano y fraterno con muchos franceses, mexicanos, italianos, samarios, antioqueños y bogotanos; pero al mismo tiempo muy distante y en contraposición con personas y grupos de Bogotá, Medellín, Santa Marta, Italia, México y Francia. Es en

la comparación y confrontación con nuestros semejantes que podemos conocernos a fondo. Tomar conciencia de todo aquello que realmente hace parte de nuestra identidad sexual y de género, cultural, nacional, social e individual es determinante para todo sujeto, pero aún más para todo docente y científico social.

Luego de seis años de residencia en México, donde trabajé en el Liceo Franco-Mexicano –una institución de la red de colegios en el extranjero que pertenece a la educación pública francesa– regresé a Bogotá. Durante este lapso he realizado la carrera de obstáculos y de resistencia que todos los profesores universitarios colombianos han efectuado. He trabajado en las universidades Javeriana, Nacional y Pedagógica Nacional como profesor catedrático u ocasional, o sea con contratos “semestrales” y en condiciones laborales y salariales aún más deterioradas que las del conjunto del cuerpo docente colombiano. En la UPN trabajé en el Departamento de Sociales y fui miembro del grupo de profesores creador del énfasis en Enseñanza de la historia de la Maestría en Educación. Desde enero del año 2000 –último año del siglo XX y del segundo milenio de nuestra era– soy profesor de planta de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en el proyecto curricular de Ciencias Sociales y –a partir del 2006– también en el Doctorado Interinstitucional en Educación, en cooperación con las universidades Pedagógica Nacional y del Valle. Este es el primer programa de Doctorado de nuestra universidad, por lo cual es una inmensa satisfacción profesional haber trabajado tanto en el equipo organizador como –actualmente– en el de profesores; allí dirijo además la línea de Historia de la enseñanza de las ciencias sociales en Colombia.

En el ejercicio profesional y académico he tenido el placer de conocer un gran número de colegas con los cuales hemos compartido diferentes aspectos de la vida universitaria, dentro de los cuales se encuentra tanto el consenso como el disenso en los diálogos y debates teóricos, epistemológicos y académicos. Llegado a este punto, me detuve durante varios días –por no decir semanas– porque no sabía cómo hacer para mencionar a todos los colegas que desfilaban y desfilan por mi memoria y por mi quehacer diario, quienes por una o múltiples razones merecen mi profundo agradecimiento. En esta etapa de mi vida profesional –y los textos aquí reunidos lo ilustran– estoy orientado a la cuestión de la enseñanza-aprendizaje de la Historia y de las Ciencias sociales. Por ello, voy a mencionar a los dos colegas que me iniciaron en estas temáticas, al siempre recordado Darío Betancourt y a Renán Vega. Con ellos comenzamos la puesta en marcha de la Maestría en Educación con énfasis en Enseñanza de la historia en la UPN. Las circunstancias de la vida social colombiana, hicieron que mis relaciones con Darío fueran cortas pero fuertes y enriquecedoras. Con Renán diferimos y, sobre todo, coincidimos en muchos

puntos; mis intercambios con él siempre me han abierto y/o reafirmado caminos de reflexión, análisis y acción académica y social.

Por último y para terminar con estos agradecimientos –para algunos interminables, pero yo soy consciente de que me quedo corto– hago un reconocimiento a Adela Molina, coordinadora del DIE, y demás colegas del CADE-UD. Así como a las colegas del énfasis de Historia de la educación, pedagogía y educación comparada, Blanca Ortiz y Bárbara García, por haber propuesto el texto sobre el concepto de las ciencias sociales para su publicación por nuestra universidad.

